

Exordio

Los archivos de la respiración: afecto, escritura y desahogo

Cristina Rivera Garza
University of Houston, USA

Abstract In this personal reflection, Mexican author Cristina Rivera Garza discusses how her book *El invencible verano de Liliana* engages with documentary writing. She reflects on the careful intersection of archival research and affect, personal experiences and historical information, to create a corporal text: a literary composite that, without sacrificing its aesthetic qualities, denounces femicides, gender discrimination, misogyny, racism, and violence.

Keywords Documentary writing. *El invencible verano de Liliana*. Cristina Rivera Garza. Femicides. Affection.

Índice 1 Figuras de origami. –2 La casa del tacto. –3 El archivo de los afectos. –4 No puedo respirar. –5 El aparato respiratorio. –6 Insuflación. –7 Desahogo.

1 Figuras de origami

A inicios de enero del 2019, decidí viajar a casa de mis padres para buscar una libreta de direcciones o algún indicio que me permitiera localizar a los viejos amigos de Liliana Rivera Garza, mi hermana menor, víctima de feminicidio el 16 de julio de 1990 en la Ciudad de México, cuando estaba por cumplir veintiún años.¹ Meses antes, había empezado a considerar seriamente la idea de volver a abrir un caso judicial que, con el paso de los años, se había desvanecido sin lograr dar captura a Ángel González Ramos, el exnovio de mi hermana, sobre quien todavía pesa hoy una orden de aprehensión por el delito de homicidio.² Nada podría empezar otra vez sin nombres exactos, direcciones específicas, y un nuevo recuento de los hechos.

Sabía a la perfección dónde se encontraban las cajas donde habíamos guardado las pertenencias de mi hermana, pero recordaba poco de lo que había quedado ahí, mudo e intacto por al menos treinta años. No sé qué pasaba por mi cabeza cuando coloqué la silla para alcanzar la repisa alta del clóset, ni cuando fui bajando, una a una, las cajas de cartón y los huacales pintados de color lila que todavía portaban el nombre de Liliana. Sé que no esperaba que, tan pronto destrabé las solapas de la primera caja, sobre la cual no habíamos colocado ni siquiera cinta adhesiva, los papeles empezaran a saltar hacia mí. Pronto me di cuenta de que había una cantidad enorme de documentos –cartas, notas, recados, cuadernos, planos– y que, además, algunos de los papeles habían sido doblados con mucho cuidado, formando delicadas figuras de origami que, al liberarse de las construcciones del espacio, se desplegaron en la atmósfera con una energía nueva, del todo inusitada, dando la impresión de que volaban. Tal vez solo saltaron porque sí, tal vez se dirigían a todos lados y a ninguno en particular, pero todavía me recuerdo estupefacta ante la animación que, no pude evitar pensarlo así, mi hermana había preparado específicamente para mí con tanta antelación. Una broma festiva de Liliana; una celebración. Su regreso.

Dice la filósofa belga Vincent Despret, que la primera pregunta que nos obligan a considerar los muertos no es sobre el tiempo sino acerca del espacio: ¿Dónde están? ¿Dónde podremos encontrarlos para continuar nuestra relación con ellos? «Hay que situar al muerto», asegura Despret, «es decir, ‘hacerle’ un lugar. El ‘aquí’ se vació y hay que construir el ‘allá’ [...] Esto exige otras cosas más: cuidados, atención, actos, un medio, si no propicio o acogedor, por lo menos no demasiado hostil» (2021, 23-5). Al muerto no solo hay que instaurarlo,

1 Esta historia es el eje de *El invencible verano de Liliana* (Rivera Garza 2021).

2 El archivo de Liliana Rivera Garza, incluidos los documentos judiciales, se encuentran en la Benson Collection, University of Texas, Austin, desde otoño del 2024.

es decir, acoger su llamado, sino también instalarlo para que tanto ellos como nosotros podamos consumir «aquello para lo que estamos hechos». La apertura de las cajas desde donde brincaron esos papeles celosamente preservados fue, en este sentido, el primer paso de esa ‘instalación’ que no solo responde al deseo de los vivos, sino también al de los muertos. ¿Qué quiere Liliana? Me pregunté y le pregunté varias veces, honestamente intrigada. ¿Qué quieres ahora, después de treinta años?

Estaba lista para escucharla.

2 La casa del tacto

Esa tarde leí tanto como pude. Pronto, sin embargo, tuve que darme cuenta de que lo que me proponía era descabellado. No podría leer todo lo que encerraban las cajas en una semana entera, mucho menos en una tarde apresurada. Me detuve y, observando el estudio a mi alrededor, comprobé que, aunque todo estaba en su sitio, nada se veía igual. Los libros y los retratos eran los mismos, como eran las mismas las ropas que colgaban estáticas de los ganchos detrás de las puertas del clóset y, sin embargo, todo parecía distinto. Me encontraba rodeada de papeles, algunos yacían todavía dentro de las cajas, pero muchos se desparramaban sobre mi regazo y otros permanecían todavía pegados a mis manos. Observé, de inmediato, mis manos. Esto que toco ahora, me dije, fue tocado por Liliana treinta años atrás. No hay nada entre ella y yo ahora mismo. Sus huellas y las mías, juntas, recibíendose una a la otra. La sensación de su presencia fue incontestable y abrumadora. Liliana estaba ahí, conmigo. Sin duda alguna. No hablo metafóricamente ni recurro a las estrategias del pensamiento o realismo mágico. No me convence el lenguaje del *New Age*. La presencia de Liliana en ese cuarto de estudio en la ciudad más alta de México era material y concreta, estaba ahí, incontestable, en los restos que su cuerpo había irradiado en las hojas de papel sobre las que ahora colocaba yo mis propias manos. Un saludo a través del tiempo. Un apretón de manos. En geología, el concepto de tiempo de residencia remite al tiempo que tarda una sustancia en degradarse y desaparecer de la superficie de la tierra.³ ¿Cómo permanecen los muertos con nosotros, alargando su existencia en nuestro medio? Mientras les guardemos luto.

El tacto fue, desde el inicio, el espacio donde nos instalamos Liliana y yo para convertirnos otra vez en lo que siempre fuimos: hermanas. Tocándonos a distancia pudimos reconocernos otra vez. El

3 Para una meditación sobre el tiempo en términos geológicos, ver Marcia Bjornerud, *Timefulness: How to Think as a Geologist Can Help Save the World* (2018).

tacto, que nos recuerda de manera indefectible al cuerpo, lo produce como efecto a su vez. El tacto es nuestra casa.

Mi tarea era simple y espectacular al mismo tiempo, y las palabras del poeta Kaveh Akbar en su «Letanía para G» lo expresan mejor: «Me entrego a todo lo que ha sido tocado por ti» (2017, 80. Trad. de la Autora).

3 El archivo de los afectos

He trabajado a lo largo de los años con una variedad amplia de archivos. Para *Nadie me verá llorar*, la novela que publiqué en 1999, consulté los documentos del archivo de Manicomio General de La Castañeda que, por aquel entonces, estaba en proceso de organización en el Archivo de la Beneficencia Pública de la Ciudad de México, todavía sobre la calle de Donceles, en el centro histórico de la Ciudad de México (Rivera Garza 1999). Gracias a la generosa y bien informada guía de los archivistas, pude localizar de manera más o menos inmediata los expedientes de los internos (todavía no se les llamaba pacientes) de inicios de siglo. Aunque todo archivo institucional carga con el mandato de legitimación de las autoridades en turno, es del todo posible leer sus documentos a contra pelo, si se quiere al revés, resaltando las voces de los marginales y débiles, en lugar de repetir las declaraciones de los poderosos. Así leí los expedientes médicos de inicios de siglo XX, cien por cada una de las primeras tres décadas del nuevo siglo, buscando las palabras de los locos y sus familiares justo en el momento en que se entrelazaban con los conceptos esgrimidos por psiquiatras, policías y administradores en el interrogatorio oficial de uno de los hospitales más paradigmáticos del porfiriato (1870-1910). Así saltaron a la luz no solo las dramáticas historias de vida de los pacientes, casi todos habitantes muy pobres de la capital y del país entero, sino también los titubeos y discusiones de esos médicos que intentaban afanosamente transformar a la psiquiatría en una ciencia respetable.

Para escribir *Autobiografía del algodón* (2020) el libro en el que exploré la experiencia migrante de mis abuelos y su relación con el algodón, específicamente con el experimento social y agrícola que dirigió el ingeniero Eduardo Chávez en la frontera entre Texas y Tamaulipas durante los años treinta, recurrí a los archivos estatales, ubicados en Ciudad Victoria, Tamaulipas, donde quedaron muchos de los documentos relacionados con el régimen de Marte R. Gómez, el gobernador que apoyó esta iniciativa. También utilicé el ramo de telegramas del Archivo Histórico de Nuevo León, ubicado en el parque la Fundidora en Monterrey, Nuevo León, para documentar la intervención del escritor José Revueltas en una huelga agrícola de la región. La investigación de archivos institucionales estuvo en este

caso acompañada por viajes a través de la zona y entrevistas con antiguos piscadores de algodón, complementando así la información generada por las agencias del estado con información científica y las versiones directas de los trabajadores del proyecto.

He llamado archivo de los afectos a la colección de documentos personales que Liliana produjo y preservó a lo largo de sus días en la tierra porque, a diferencia de los archivos institucionales, estos papeles no la retratan como un sujeto de Estado, ligada a las identidades y deberes (o desobediencias) civiles del caso, sino como integrante de una comunidad que afectó y fue afectada por ella. Como los archivos institucionales, éste tiene un domicilio –hasta hace poco la casa familiar, y desde finales del 2024 los estantes de la Benson Collection en la Universidad de Texas, Austin– y un índice que, en este caso, responde al principio organizativo de lo infraordinario, como lo definía el autor francés Georges Perec: lejos de los grandes acontecimientos históricos que aparecen en los diarios, pero profundamente enraizados en el hacer cotidiano, la minucia y lo sobrante, incluso lo vulgar, que le da forma al mundo de los afectos (2008). La cuestión de lo nimio, lo pequeño, las naderías de lo diario, además, no es cosa vana. Sergio Villalobos-Ruminott ha argumentado con convicción que, en la época de la desaparición generalizada, es necesario lanzar «la pregunta por los restos y los desperdicios que la misma producción de mercancías va generando en su despliegue, pues la historia natural de la destrucción no ha cesado en su infinita producción de muerte» (2016, 213).

Finalmente, a diferencia de los documentos que preservan los archivos institucionales, que suelen ser manipulados por empleados asalariados, ya sea en el servicio público o en las administraciones privadas, los papeles de Liliana llevan en sí, cargan consigo, la marca material de su propio tacto, recordándonos la presencia transversal del cuerpo en el lenguaje.

El archivo de los afectos de Liliana complementó y compitió contra las narrativas oficiales de la violencia de género y el feminicidio, posibilitando nuestra comprensión de su historia como una historia de vida y no solamente, como suele ser el caso cuando la violencia se hace presente, como relato de muerte. Estos papeles restauraron y reinstauraron la complejidad de su experiencia en la tierra, aproximándola a nuestros sentidos y poniéndola a nuestro alcance. Compuesto por materiales tocados por ambas, el archivo de Liliana preparó el escenario para un encuentro material con ella.

Me llevó semanas enteras leer y, luego, transcribir todos y cada uno de los documentos de Liliana, puesto que no solo quería leer con los ojos sino también con las manos. Quería, como con los ejercicios de transcripción de autoras admiradas o con otros documentos de archivo, que esos textos pasaran también por la materialidad de mi propio cuerpo, incluida mi respiración. Solo así pude estar segura de

que percibía adecuadamente el lenguaje de Liliana con la atención del caso. Luego, me di a la tarea de organizar los documentos de varias maneras: cronológicamente, con base en las tintas utilizadas, de acuerdo con el tipo de letra. Al final, repartidos en varios montículos sobre la mesa de trabajo, y concatenados con las transcripciones de las entrevistas que conduje entre amigos y familiares, las notas de periódico, y mis propias apreciaciones durante el proceso de investigación, me convencí de que ya podía formarme una idea más o menos sensata, que nunca acabada, de las relaciones de Liliana con el lenguaje de fines de siglo XX en México. De las relaciones de Liliana con la violencia.

4 No puedo respirar

En el capítulo cuatro de *In the Wake: On Blackness and Being* (2016), la pensadora africano-americana Christina Sharpe explora lo que denomina el ‘clima total’ del racismo que caracteriza la vida contemporánea en Estados Unidos. El racismo, y yo añadiría aquí a la misoginia también, no son construcciones culturales sino operaciones materiales que conforman un medio ambiente letal para los cuerpos no normativos, especialmente los de los negros y las mujeres. No son pocos los repositorios a donde van a dar las evidencias de la calidad mortífera del capitalismo contemporánea. De hecho, son bastantes los archivos institucionales donde se guarecen los muchos ‘no puedo respirar’ que solo algunas veces logran articular aquellos que están a punto de caer ante la violencia de estado, a manos del cuerpo policiaco, o ante la violencia del patriarcado, a manos del feminicida. Sharpe llama «the archives of breathlessness» a estos repositorios estatales o, lo que en español podríamos denominar los archivos del ahogo, la asfixia, o del desaliento.

El aire, después de todo, no nos toca a todos por igual ni se reparte equitativamente. La atmósfera, como parte del territorio mismo, es una contestación continua.

En los varios instrumentos que, tales como el violentómetro en México, permiten medir el grado creciente de peligrosidad de la violencia contra las mujeres, el estrangulamiento ocupa un papel primordial.⁴ En las definiciones legales, el estrangulamiento ocurre

⁴ Diseñado por el Instituto Politécnico Nacional, el violentómetro es una herramienta gráfica que ayuda a visualizar las diferentes manifestaciones de la violencia de contra las mujeres: <https://www.ipn.mx/genero/materiales/violentometro.html>. En *No Visible Bruises: What We Dont Know About Domestic Violence Can Kill Us* (2019), Rachel Snyder describe cómo la enfermera Jacqueline Campbell desarrolló el protocolo que permite identificar 22 señales de peligro en casos de violencia doméstica en los Estados Unidos.

cuando, de manera intencional, una persona impide la respiración o la circulación de la sangre, usualmente aplicando presión en la garganta o el cuello, o tapando la nariz y la boca. En muchos casos, las mujeres no llegan ni siquiera enunciar el ‘no puedo respirar’ antes de perder la vida y, en tantos otros, esas alocuciones se desvanecen en el olvido, sin conseguir formar parte de la memoria colectiva y del registro público.

El acta de defunción de mi hermana muestra que la causa oficial de su deceso fue asfixia por sofocación. Según los peritos, Ángel González Ramos colocó una almohada sobre la cara de mi hermana hasta que dejó de respirar. Como en tantos otros casos de violencia de género, la falta de aire se confabuló aquí con el patriarcado para terminar con la vida de una mujer de manera violenta. ¿Pudo Liliana enunciar ese ‘no puedo respirar’ que hemos oído de bocas como la de George Floyd antes de fenecer? No lo sabemos. Pero en las cartas y las notas personales de su archivo, Liliana dejó registro de la creciente asfixia que le provocaban los celos y el afán de control de su exnovio. Sus visitas intempestivas y nunca anunciadas. Sus amenazas de suicidio. Esa falta de aire, real y metafórica, no solo era un tema en sus escritos, sino también una forma. Como lo era, también, su defensa de la autonomía personal y su convicción de que el amor no tenía que convertirse en una condena.

El clima, después de todo, también es «una condición atmosférica del tiempo y del lugar capaz de producir nuevas ecologías» (Sharpe 2016, 76). Y por eso, para citar a Christina Sharpe una vez más, vayamos hacia el aliento. Recurramos a la respiración.

5 El aparato respiratorio

Inhalamos, conducimos aire a los pulmones, y ahí ocurre el intercambio gaseoso al que llamamos respiración. También exhalamos. Los signos de puntuación constituyen el sistema respiratorio de un texto. Si bien las raíces de la puntuación nos remiten a la práctica oral, las universidades del mundo han utilizado tradicionalmente tres sistemas diferentes para enseñar esta materia: el sistema de respiración y pausa, el sistema gramatical, y el sistema de los efectos retóricos. Recurramos, ahora, al aliento. La puntuación reintroduce en la escritura información contenida en las pausas, gestos e inflexiones de la comunicación oral. Las comas, como lo argumentó famosamente Gertrude Stein (1975), encarnan las pausas, recordándonos la lentitud de los carruajes del siglo XIX; mientras que los puntos y seguido, y las frases cortas que elaboran, aceleran la lectura y, con la lectura, nuestro pulso, al igual que los automóviles lo hicieron en el siglo XX. La puntuación, junto con la aliteración o la simple repetición, ofrecen

a los lectores amplio espacio para respirar o, por el contrario, los dejan jadeando por aire.

Leer es respirar al unísono.

Los papeles del archivo de los afectos de Liliana no solo ponen de manifiesto información sobre su vida sino también, acaso sobre todo, nos acercan al sistema respiratorio único que ella construyó con las herramientas propias del oficio de escritor: pausas, comas, espacios en blanco, dos puntos, puntos y coma, puntos suspensivos. ¿Podrían esos papeles afectivos ayudarme a traerla de regreso de la sofocante burocracia que la había borrado? ¿Podrían estos documentos conformar un archivo de la respiración capaz de restituir la memoria de mi hermana en el presente? Si el patriarcado había enmarcado la historia de Liliana dentro de la narrativa del crimen pasional, que implícitamente culpa a la víctima y exonera al depredador, ¿podrían estos papeles sacarla de ahí y dejarla respirar otra vez? Si el feminicida había logrado quitarle el aire, ¿podrían estos papeles llenar de aire sus pulmones y los nuestros?

El término, en español, es insuflación.

6 Insuflación

Del latín *insufflare*, que significa soplar hacia adentro, la insuflación es el acto de soplar algo (como gas, polvo o vapor) dentro de una cavidad corporal. ¿Serían las cartas y notas de Liliana el mecanismo necesario para insuflar el aire que le fue arrebatado? ¿Podrían esos documentos ayudarme a instalarla entre nosotros, haciéndole un lugar propio en una atmósfera compartida?

Liliana no solo escribía cartas, sino que era además una escritora en ciernes –y los hallazgos recientes de al menos dos publicaciones en periódicos y revistas culturales de la época confirman este hecho.⁵ Quiero decir que, al escribir esas misivas, Liliana se expresaba, ciertamente, pero sobre todo interactuaba crítica y lúdicamente con el lenguaje y con la forma, especialmente con la tradición de la escritura epistolar en este caso. A menudo en su correspondencia, Liliana subvertía el cuerpo de la carta, empezando, por ejemplo, con la despedida. O colocando la posdata en medio de su narración. No era raro que su escritura sustituyera los puntos y aparte por los puntos suspensivos, otorgándole al párrafo una vida más larga, apenas sugerida en transiciones menos definitivas. Liliana también

⁵ Hace no mucho, el colectivo El Salón de la Fama, @MPDSalonFama, encontró un artículo escrito por Liliana en una revista *Cuadernos del Centro Toluqueño de Escritores* de enero-febrero de 1986. El título del artículo es: «La música negra, antecesora musical y social de los años más románticos de todo el mundo y todos los tiempos: los felices sesenta». Liliana tenía entonces diecisiete años.

utilizaba con habilidad el espacio en blanco para ralentizar la narración, y luego entonces darnos un respiro a sus lectores, o para enfatizar algún concepto o escena, exigiendo más atención de ese modo. En alguna de sus cartas más festivas, que dirigió a Ana, su mejor amiga, Liliana escribió ‘de atrás para adelante’, iniciando la carta con la última frase y siguiendo así hasta llegar a la primera. Ana no tardó en hacer lo mismo.

Como tantos escritores de vanguardia, Liliana subvertía y resignificaba a cada paso, en toda decisión escritural, aunque guiada menos por principios dogmáticos o formales y más por el humor y la complicidad. En cada giro y en cada desobediencia, en toda provocación, brilla la mente de esa ‘cábula’ irónica y relajienta que tanto impactaba a sus amigos y que, intuitivamente o no, antepone a la autoridad.⁶

En una de sus notas más impactantes, Liliana decidió omitir toda separación entre palabras, así como todos los signos de puntuación, produciendo así un efecto de continuidad y de aglomeración que genera, en quien decida leerla en voz alta, un efecto inmediato de asfixia. Los signos de puntuación y la finitud de las oraciones nos permiten detenernos y tomar aire, añadiendo ritmo a la lectura. No así en el escrito con el que Liliana inició el 1989 que tantos cambios trajo al mundo y a su vida. Es imposible, además, leer de prisa o distraídamente un texto así. El ojo avanza y retrocede al mismo tiempo frente a una escritura que se resiste a la absorción, es decir, al entendimiento fácil o al consumo inmediato. Leer esa carta personal requiere tiempo y convicción: uno tiene que querer leerla para poder hacerlo. Uno tiene que necesitar leerla. Leer esa carta precisa de solidaridad, esa condición que queda al otro extremo de la indolencia.

7 Desahogo

En español, desahogarse no solo significa mejorar el estado de ánimo de alguien o poner de manifiesto algún sentimiento o aliviarse de algún problema económico. En los juicios orales, las partes en litigio participan del desahogo de pruebas al mostrar las evidencias que pueden verificar la veracidad de los hechos o probar su dicho, para así influir en el fallo o sentencia del juez. Pero cuando se refiere a una persona, desahogarse también quiere decir expresar un sentimiento o una queja, así como hacer una confidencia, refiriendo una pena o

6 El término ‘cábula’, que usualmente se refiere a una persona burlona de no buenas intenciones, fue utilizado por Othón Santos, integrante del círculo de amigos cercanos de Liliana, en las entrevistas que sostuvimos como preparación para *El Invencible verano de Liliana*.

una fatiga. Desahogarse significa, luego entonces, poner una asfixia en lenguaje.⁷

Si aceptamos que *Pedro Páramo* es la novela paradigmática del siglo XX mexicano, tendremos que reconocer que la narrativa mexicana moderna inicia con la falta de aire, o con lo que Juan Rulfo también llamaba el desaliento.⁸ De la mano de Juan Preciado nos adentramos en Comala, un necro-pueblo donde él espera encontrar a su padre, pero donde en su lugar se topa con un montón de almas en pena. Pronto, la falta de comprensión y el bochorno insoportable del lugar lo hacen sentir la falta de aire: «Salí a la calle para buscar el aire, pero el calor que me perseguí no se despegaba de mí. | Y es que no había aire; solo la noche entorpecida y quieta, acalorada por la canícula de agosto. | No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que caía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos, hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre. | Digo para siempre» (2020, 155).

Juan Preciado, quien trató de reciclar su propio aire hasta el final, muere en estas páginas, en efecto, aunque no para siempre, puesto que sus lectores lo revivimos una y otra vez en cada lectura. Acaso esa lectura insistente, esa respiración que emprendemos al unísono autores y lectores a través del sistema respiratorio de la escritura, forme parte de un desahogo que no solo es cultural sino también político.

Al poner la falta de aire en lenguaje, la desahogada pone también de manifiesto e implícitamente cuestiona las condiciones materiales de la asfixia y el desaliento. En casos de muertes violentas, no se puede volver a respirar sin justicia. Tal como lo manifiesta la Ley General Víctimas de 2013, las víctimas tienen derecho a la reparación integral del daño, que incluye «las medidas de restitución, rehabilitación, compensación, satisfacción, y garantías de no repetición, en sus dimensiones individual, colectiva, material, moral y simbólica» («Ley General» 2013). La justicia no solo es legal o punitiva, sino que también se cifra en la verdad y en el quehacer de la memoria colectiva.

Desahogarse significa también recobrase del calor y de la fatiga. Recuperarse. Restituirse. Instaurarse e instalarse en un aquí que compartimos con otros, vivos y muertos.

Hace no mucho, el poeta japonés-americano Brandon Shimoda, quien ha meditado y escrito sobre la producción de ancestridad en

⁷ Agradezco la mención del término 'desahogo' durante la conferencia que impartí, como parte de la Bedri Distinguished Writers Series, en el Departamento de Inglés de la Universidad de California, Berkeley, abril 2024.

⁸ En *Textos desconocidos: Juan Rulfo* (1977), Jorge Ruffinelli sostiene que «El hijo del desaliento» fue el título de una novela que el autor mexicano nunca publicó.

relación a la experiencia de los japoneses-americanos que fueron privados de su libertad en los campamentos de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial, publicó esto en twitter: «Por mucho que quiera que los muertos –los asesinados, los mártires– persigan eternamente a sus asesinos, deseo para ellos un futuro mejor que éste: una vida en la que estén completamente libres de tener que escuchar, ver, sentir, pensar o incluso recordar a sus asesinos nunca jamás» (Trad. de la Autora). Yo también espero que la vida de Liliana de ahora en adelante esté rodeada de sus amigos de antes y de los de hoy. En las últimas páginas de *El invencible verano de Liliana* la describo retozando en un prado a las orillas del Pacífico mientras el sol se oculta tras el horizonte. El golpeteo rítmico de las olas se confunde con los acordes de la música, que se desvanece en el aire. Un gato lame los platos llenos de sobras. Y ella, junto con nosotros, puede respirar por fin. Respirar en paz.

Bibliografía

- Akbar, K. (2017). *Calling a Wolf a Wolf*. London: Penguin Random House.
- Bjornerud, M. (2018). *Timefullness: How to Think as a Geologist Can Help Save the World*. New Jersey: Princeton University Press.
- Despret, V. (2021). *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan*. Trad. de P. Méndez. Buenos Aires: Cactus.
- «Ley General de Víctimas». *Diario Federal de la Nación*, 9 enero 2013. Available at: <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGV.pdf>
- Perec, G. (2008). *Lo infraordinario*. Madrid: Impedimenta.
- Rivera Garza, C. (1999). *Nadie me verá llorar*. México: Tusquets.
- Rivera Garza, C. (2020). *Autobiografía del algodón*. México: PRH.
- Rivera Garza, C. (2021). *El invencible verano de Liliana*. México: PRH.
- Rivera Garza, L. (1986). «La música negra, antecesora musical y social de los años más románticos de todo el mundo y todos los tiempos: los felices sesenta», *Cuadernos del Centro Toluqueño de Escritores*, enero-febrero.
- Ruffinelli, J. (1977). «Texos desconocidos: Juan Rulfo». *Texto Crítico*, 7, mayo-agosto, 172-5. Available at: <https://cdigital.uv.mx/server/api/core/bitstreams/c22b75f4-c5e4-4851-b7d4-8e0e62b60048/content>
- Rulfo, J. (2020). *Pedro Páramo*. México: Editorial Catedral.
- Sharpe, C. (2016). *In the Wake. On Blackness and Being*. Durham and London: Duke University Press.
- Shimoda, B. (2024). «As Much as I Want the Dead...». X, @brandonshimoda, mayo 30.
- Snyder, R. (2019). *No Visible Bruises: What We Don't Know About Domestic Violence Can Kill Us*. London: Bloomsbury.
- Stein, G. (1975). *How Writing is Written*. Boston: Black Sparrow Press.
- Sharpe, C. (2016). *In the Wake: On Blackness and Being*. Durham: Duke University Press.
- Villalobos-Rumminott, S. (2016). *Heterografías de la violencia: Historia, Nihilismo, Destrucción*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.

